



¿Cómo y Por qué Orar?

Me llama mucho la atención que en Gran Bretaña, un país con una sociedad enormemente secularizada y bastante escéptica, las encuestas digan que el 75 por ciento de la población ora al menos una vez por semana.

No sé de qué tipo de oración se trata, pero sé el tipo de oraciones que yo hacía antes de ser cristiano.

Eran oraciones de dos tipos.

Unas eran oraciones ya hechas.

Mi abuela me enseñó una oración, aunque ella no iba a la iglesia, cuando yo era pequeño.

Decía lo siguiente: «Dios, bendice a mamá, a papá, a la abuela —y a dos o tres más, y acababa—: hazme un niño bueno. Amén».

Repetí esa oración hasta la adolescencia —¡un poco triste!—.

Pero era como una superstición. Creía que si no decía esa oración no sería capaz de dormir.

El otro tipo de oración que hacía, era la oración de «emergencia» —oración en crisis—.

Cuando todo fallaba, entonces acudía a Dios.

Oí hablar de un ateo, que no creía en absoluto, que cayó por un precipicio.

Y Mientras caía, consiguió agarrarse a un arbusto.

Y se quedó literalmente colgando a 80 metros de las rocas del suelo.

Y aunque no creía, era ateo, gritó a Dios y dijo:

«Oh, Dios, si estás ahí arriba, ¡ayúdame!».

Para su gran asombro, oyó una voz que le dijo: «Aquí estoy. Suelta el arbusto y confía en mí».

Y Él quedó pensativo, miró hacia abajo y preguntó: «¿No hay nadie más ahí arriba?».

1. ¿QUÉ ES LA ORACIÓN CRISTIANA?

Así eran las oraciones que solía hacer antes de ser cristiano.

Y lo que quiero que veamos hoy es: «¿Qué es la oración cristiana?».

La oración es la actividad más importante de nuestras vidas.

Es el propósito para el que tú y yo fuimos creados, es decir, relacionarnos con el Dios que nos creó.

¿Pueden buscar Efesios, capítulo 2, versículo 18?

San Pablo escribe: «Por él —por Jesucristo—, unos y otros —judíos y gentiles, todo el mundo— tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu».

Efesios

Capítulo 2

Versículo 18

Por él, unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu.

En primer lugar, la oración cristiana va dirigida al Padre.

Jesús nos enseñó a orar: «Padre nuestro, que estás en el cielo».

En esta expresión se combina extraordinariamente lo que los teólogos llaman la «transcendencia e inmanencia de Dios».

Primero, la transcendencia: «en el cielo» —la grandeza de Dios—.

Cuando oramos, estamos hablando con el Creador de todo este universo.

¿Sabían que nuestro Sol es una de las 100.000 millones de estrellas de nuestra galaxia?

¿Y que nuestra galaxia es una entre 100.000 millones de galaxias?

Una vez leí que por cada grano de arena en la playa, hay un millón de estrellas.

Y En un versículo del libro del Génesis se afirma: «También hizo las estrellas» — ¡como si nada!: miles de millones de estrellas—.

Ésa es la transcendencia de Dios «en el cielo».

Pero —y esto es lo asombroso— también es nuestro Padre.

Es inmanente, está presente aquí y ahora.

Y lo más extraordinario es que podemos relacionarnos con él como un hijo se relaciona con su padre.

Jesús llamó a Dios «*Abba*», que es una palabra aramea que permaneció en su forma original porque es casi imposible de traducir.

Significa algo así como 'papi' o 'querido Padre'.

Y Jesús dijo que podíamos tener el mismo tipo de relación con Dios que él tenía, esa misma intimidad y cercanía.

Por tanto, la oración cristiana va dirigida al Padre, que nos ama profundamente. Segundo, oramos por medio del Hijo.

Hace poco, leí una historia que ocurrió en la Guerra civil American.

Debido a una tragedia familiar, un soldado obtuvo permiso para ser recibido por el Presidente porque quería solicitar la exención del servicio militar.

Pero cuando llegó a la Casa Blanca, no le dejaron entrar y lo echaron, así que fue a un parque cercano.

Mientras estaba sentado en el parque, un muchacho se le acercó y se dio cuenta de su enorme tristeza.

El soldado encontró en ese muchacho alguien con quien desahogarse.

Al final, el muchacho le dijo: «Ven conmigo», y el abatido soldado volvió a la Casa Blanca, por la puerta trasera.

Ninguno de los guardas los detuvo —hasta los generales y los funcionarios de alto rango se ponían firmes a su paso—. ¡El soldado estaba atónito!

Llegaron al bloque de oficinas presidenciales.

Entraron en el Ala Oeste sin llamar; el muchacho abrió la puerta del Despacho Oval, entró y allí estaba Abraham Lincoln, de pie, hablando con el Secretario de Estado.

Y cuando entraron, Abraham Lincoln miró al muchacho y le dijo: «¿Todd, necesitas algo?».

Y Todd dijo: «Papá, este soldado quiere hablar contigo».

Tuvo acceso por el hijo.

Eso es lo que dice Pablo: que tenemos acceso al Padre por el Hijo —por Jesús—.

Jesús nos lleva a la presencia de Dios Todopoderoso.

Y aunque no tengamos derecho a entrar en la presencia de Dios, por Jesús — por lo que hizo por nosotros en la Cruz, por su sangre— tenemos acceso al Padre.

La oración cristiana es al Padre, por el Hijo, en un mismo Espíritu.

Hay gente que dice: «La verdad es que no sé cómo orar».

Y eso es lo que dice Pablo. Él afirma: «No sabemos cómo orar... pero el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad».

Por eso el Fin de Semana es tan importante: porque está dedicado al Espíritu Santo, que viene para habitar en nosotros.

Y cuando el Espíritu Santo habita en nosotros, nos ayuda a orar.

Así, cuando oramos, toda la Trinidad participa: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Por eso es tan emocionante.

2. ¿POR QUÉ ORAR?

¿Por qué debemos orar?

¿Pueden buscar Mateo capítulo 6, versículo 6?

Jesús dice:

Mateo
Capítulo 6
Versículo 6

«Pero cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará».

«Pero cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto.

Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará».

¿Por qué debemos orar?

Primero, porque Jesús oró.

Y nos enseñó a hacer lo mismo.

Jesús no dice: «Si oras...», sino que dice: «Cuando ores...»; da por supuesto que vamos a orar.

En cierto modo, es natural que los seres humanos oren.

Fuimos creados para esta relación.

Y luego porque así desarrollamos nuestra relación con Dios.

Todas las relaciones se basan en la comunicación.

Muchos matrimonios fracasan debido a la falta de comunicación; las familias a veces se dividen por esta misma razón.

Pero con buena comunicación, las relaciones crecen y florecen.

Y es esta relación con Dios para la que fuimos creados.

Y en esta relación encontramos el verdadero sentido de nuestra vida.

Y Jesús también nos dice que si oramos, Dios nos recompensará.

A veces, la gente dice: «¿No es inapropiado esperar recompensas?».

Es cierto que hay recompensas inadecuadas: dinero por sexo es una recompensa inadecuada.

Pero también hay recompensas adecuadas.

Si alguien se esfuerza en la preparación de un examen, aprobarlo u obtener un título es una recompensa adecuada.

Para dos enamorados, el matrimonio es la cumbre y recompensa de su amor.

C.S. Lewis afirmó: «Las recompensas genuinas no siguen simplemente a la actividad que las origina; son la actividad misma en consumación».

¿Cuáles son las recompensas de la oración?

Cuando oramos, empezamos a experimentar el amor de Dios, su presencia en nosotros.

Empezamos a sentir alegría.

Mucha gente está buscando alegría en muchas áreas y, a menudo, lo que encuentran no les satisface, se siguen sintiendo vacíos.

Pero el salmista dice: «En su presencia —en la presencia de Dios— hay alegría plena».

A menudo vamos cargando culpabilidades, ansiedad o miedo; Pablo dice: «No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus mentes en Cristo Jesús».

Al orar, esta sed que todos tenemos —la sed espiritual— es saciada, y el hambre espiritual, satisfecho.

Pero la oración no sólo nos transforma, sino que transforma situaciones.

No creo que sea posible demostrar a ningún escéptico que Dios existe dando un montón de ejemplos de oraciones respondidas.

Pero me parece asombroso cómo Dios responde a la oración.

Recuerdo que cuando me convertí al cristianismo pensé: «Esto de la oración... ¡Voy a probarlo!».

En aquel momento yo necesitaba - estaba en la universidad y necesitaba que alguien me llevara a Londres.

Para ir a una fiesta y había huelga de trenes o algo así.

Y así que pensé: «Voy a probar», e hice una breve oración:

«Señor, por favor, que alguien me lleve a Londres».

Pocos minutos después, llamaron a mi puerta y alguien me dijo: «Hola, Nicky. ¿Quieres que te lleve a Londres?».

Pensé: «¡Qué curioso! ¡Será coincidencia!».

Y dije: «Seguiré probando».

Hasta entonces eran cosas triviales, pero... me dije: «Bueno, lo voy a probar con algo menos trivial.

Oraré por mi madre».

Ella tenía problemas de sueño; ella había padecido durante mucho tiempo .

Así que comencé a orar por ella.

No se lo dije, pero empecé a orar toda una semana para que durmiera bien.

Y al final de esa semana le pregunté: «¿Cómo estás durmiendo?».

Me dijo: «¿Sabes qué? Esta semana dormí muy bien».

«¡Qué curioso!».

Y Desde... entonces hasta ahora ya pasé más de treinta años orando y escribiendo mis oraciones en una especie de diario; y suelo revisarlas y marcar las oraciones respondidas.

El efecto acumulado de todas esas oraciones respondidas me hace creer que la oración, en verdad, cambia situaciones.

3. ¿RESPONDE DIOS SIEMPRE A LA ORACIÓN?

¿Responde Dios siempre a la oración?

Creo que la respuesta es sí, aunque no siempre conseguimos lo que queremos.

Para empezar, Dios no puede contradecir su naturaleza.

En otras palabras, no podemos orar para que $2+2$ sea otra cosa diferente a 4: Porque no puede ser —se trata de un sistema matemático así establecido—.

Seguro que a todos nos enternece la oración desesperada de un niño en un examen de geografía, que dice esto: «¡Por favor, Dios mío, que París sea la capital de Turquía!».

No puede ser.

También el Nuevo Testamento nos dice que hay factores que pueden hacer que nuestra oración no sea eficaz.

Por ejemplo: el pecado no reconocido, todo lo malo en nuestra vida crea una barrera entre nosotros y Dios.

No me malinterpreten; Jesús es amigo de pecadores.

Todos cometemos faltas en nuestra vida, y si eso nos impidiera orar, nadie oraría jamás.

Pero Jesús, en la Cruz, murió por nosotros para ser perdonados totalmente.

Si escogemos rechazar ese perdón y alejarnos, como el Hijo Pródigo, de la casa del Padre, ya no estamos en esa relación.

Lo mismo ocurre si decidimos alzarnos en rebelión contra Dios.

El salmista dice: «Si consintiera la iniquidad, el Señor no me escucharía».

O si nuestras intenciones son malas a la hora de pedir.

El apóstol Santiago dice: «No tienen, porque no piden a Dios.

Y cuando piden, no reciben porque piden con malas intenciones, para satisfacer sus propias pasiones».

Es decir, si oramos: «¡Señor! ¡Que gane la lotería!», no hay garantía de que nuestra oración sea atendida.

También podría haber cosas que entendamos mal —podemos malinterpretar lo que Dios quiere de nosotros—.

Cuando oramos, Dios promete responder; dice —en la página siguiente—: «¡Cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!».

Así que, a veces, Dios responderá a nuestra oración: «No», como lo haría un

padre.

Si dos niños de dos años toman cuchillos para una lucha de espadas, los padres les dirán: «¡No!».

De hecho, eso es lo que cabría esperar.

No porque no quieran a los niños, sino más bien porque los quieren; tienen más conocimiento que los niños y saben que no es buena idea.

Y Dios dice a veces: «Espera», pero otras dice: «No», cuando, según John Stott, lo que pedimos «no es bueno en sí mismo o no es bueno para nosotros o para los demás —directa o indirectamente, a corto o a largo plazo—».

A veces, por lo menos en mi caso, entendemos más tarde por qué Dios dijo: «No».

Recuerdo un par de cosas en mi vida por las que oré desesperadamente. Oré, oré y oré. Estaban relacionadas con el empleo, con mi trabajo.

En varias ocasiones oré, oré y oré por un trabajo en particular o una plaza determinada en la universidad que me permitiera hacer algo.

Y en ambas ocasiones Dios cerró la puerta.

Y ahora, al mirar atrás, me alegro mucho de que cerrase esas puertas.

Porque si no lo hubiera hecho, yo no podría hacer lo que estoy haciendo ahora.

Quizá estén deseando... ¡que no las hubiera cerrado!

Pero a mí me encanta hacer lo que hago y estoy muy agradecido a Dios por haberlas cerrado.

A veces en lo que respecta a las relaciones, también, Dios cierra puertas.

La esposa de Billy Graham, Ruth Graham, —felizmente casada con Billy Graham durante más de cincuenta años— dijo en una conferencia en Minneapolis:

«Dios no siempre respondió a mis oraciones.

Si lo hubiera hecho, me habría casado con el hombre equivocado, ¡varias veces!».

A veces a mirar hacía, entendemos por qué Dios no respondió a ciertas oraciones de la manera en que esperábamos.

Pero, otras veces, nunca sabremos, en esta vida, por qué no respondió a nuestra oración como esperábamos.

Estoy pensando en algo que ocurrió hace algunos años: uno de mis mejores amigos, Mick Hawkins, de 42 años, estaba jugando conmigo al *squash*.

Dio un rechazazo fenomenal y se dispuso a dar un revés, cuando murió repentinamente de infarto.

Y era uno de mis mejores amigos, tenía seis hijos —uno de los cuales está de ayudante en el curso esta noche—.

Nunca en mi vida clamé tanto a Dios como lo hice en ese momento: le supliqué que lo sanara, que lo reanimara, que no muriera.

Pero murió. Y no sé por qué.

Recuerdo que a las cinco de la mañana, después de una noche en vela, fui a dar

un paseo por la playa y seguía clamando al Señor con estas palabras: «Señor, no puedo entender cómo permitiste que esto ocurriera.

Pero —añadí— no voy a dejar de orar.

Voy a seguir confiando en ti el resto de mi vida, aunque yo... no entienda nada». Cada vez que hojeo mi diario de oración, hay algunas oraciones que siguen sin marcar —sin respuesta—.

Pero hay muchas más que tuvieron respuesta.

4. ¿CÓMO DEBEMOS ORAR?

¿Así que Cómo debemos orar?

La oración es una relación.

No hay..., no hay... reglas fijas en las relaciones: cada relación es diferente.

Pero un elemento clave es la honestidad. Dios quiere que seamos honestos con él; que le contemos lo que hay en nuestro corazón, no que usemos palabrería religiosa; él quiere saber lo que hay en nuestro corazón.

Nos quiere sinceros con él.

No hay modelo establecido.

Pero hay modelos útiles, como lo es tener en una reunión el orden del día.

En nuestro encuentro con Dios, es bueno tener algo así; que no sea un límite, sino

un modelo.

Cuando empecé a orar, utilizaba el acrónimo PAPA, que significa:

«P de perd ó

N confesión –pedir perdón a Dios por lo que hayamos hecho mal y por lo que nos deja impuros—.

«A» de adoración –adorar a Dios, expresar nuestro amor y nuestra alabanza a Dios—.

Y P de petición –pedir a Dios favores para nosotros y los demás—.

«A» de acción de gracias —agradecer a Dios sus bendiciones, todo lo bueno que nos da; hacer memoria del día anterior y agradecerle oraciones respondidas—.

Si desean saber más, hay información adicional en el librito *¿Por qué Jesús?*

Últimamente, suelo seguir el modelo de la oración del Padrenuestro.

Les invito a que pasen la página a Mateo capítulo 6, versículo 9; esto es lo que dijo Jesús.

Nos ofreció un modelo:

Mateo

Capítulo 6

Versículos 9–13

«Ustedes deben orar así:

*"Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día.
Perdona nuestras deudas, como perdonamos a nuestros deudores.
Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno"».*

«Ustedes deben orar así: *"Padre nuestro que estás en el cielo* —esto es para mí una invitación a saborear la presencia de Dios, disfrutar de su amor y darle gracias.

Miro hacia atrás al día anterior y a todas las bendiciones de la vida:

su bondad, su gracia, su perdón, su amabilidad y su amor— ...

...santificado sea tu nombre —eso es orar para que el nombre de Dios sea respetado en nuestra sociedad.

Si miramos a nuestro alrededor, a menudo el nombre de Dios es ultrajado. Mediante esta oración pedimos que su nombre sea respetado en nuestras vidas, familias, trabajo y sociedad— ...

... venga tu reino —que son sus leyes y su gobierno.

En esta oración pedimos que el reino de Dios venga a nuestras vidas, a las vidas de nuestras familias.

Leí la historia de una joven madre llamada Mónica, que era cristiana y que tenía verdaderos problemas con su hijo, un rebelde adolescente.

Era perezoso, malhumorado, mentiroso y amigo de lo ajeno.

Más tarde, aunque externamente era un jurista respetable, su vida estaba dominada por el egocentrismo y el afán de dinero.

Era promiscuo: vivió con varias mujeres y tuvo un hijo con una de ellas.

Llegó incluso a hacerse miembro de una extraña secta, adoptando todo tipo de prácticas insólitas.

Durante todo ese tiempo su madre siguió orando por él: «Que tu reino venga a su vida».

Un día, el Señor le concedió una visión, y ella lloró mientras oraba, porque vio la luz de Jesucristo en su hijo, quien le sonreía con gran alegría.

Eso le alentó a seguir orando.

Pasaron nueve años hasta que su hijo por fin aceptó a Jesucristo, a la edad de 28 años.

Ese hombre se llamaba Agustín, San Agustín. Se convirtió en el año 386 d.C., sacerdote en 391 y obispo en 396; probablemente, el mejor teólogo de la iglesia.

San Agustín siempre atribuyó su conversión a las oraciones de su madre.

Las oraciones de su madre cambiaron literalmente el curso de la historia—.

... *venga tu reino, hágase tu voluntad* —no se trata de resignarse, sino de querer ver la voluntad de Dios en nuestras vidas; su voluntad es buena, agradable y perfecta—.

Danos hoy nuestro pan de cada día —me gusta pensar en el día que comienza y pedirle ayuda en todas las diferentes actividades que voy a emprender .

Danos hoy nuestro pan de cada día.

A Dios le interesa nuestra vida.

Dios te ama.

Le importan las cosas que te preocupan, tal y como a un padre le importan las cosas que preocupan a sus hijos—.

Perdona nuestras deudas, como perdonamos a nuestros deudores —perdona nuestras ofensas, como perdonamos a los demás.

Hay como un círculo eficaz en la enseñanza de Jesús, porque cuanto más entendemos que somos perdonados, más queremos perdonar.

Cuando sabemos que Jesús murió por nosotros, como vimos en la segunda semana, y que todos nuestros pecados han sido perdonados, no podemos seguir guardando rencor a nadie por nada.

Y es que perdonar a los demás no es una manera de ganarse el perdón, sino la señal de que somos perdonados.

Si de veras experimentamos el perdón de Dios, desearemos perdonar a todo el mundo, por muy duro que eso sea (y a veces lo es).

Algunos se preguntan: «¿Por qué nos enseñó Jesús a orar: «Perdona nuestras deudas» —u ofensas o el sinónimo que aparezca en su traducción—, cuando ya fuimos perdonados en la Cruz?».

Eso es lo que vimos en la segunda semana, ¿verdad?: que Dios nos perdona totalmente gracias a la Cruz.

¿Por qué tenemos que seguir pidiendo perdón?

Jesús representó una parábola que me parece muy ilustrativa.
En la última cena, Jesús se puso a lavar los pies de sus discípulos.

Cuando se acercó a lavárselos a Pedro, éste dijo: «¡No, no, no, Señor! ¡Jamás me lavarás los pies!».

Y Jesús le dijo: «Si no te lavo los pies, no eres de los míos».

Así que Pedro repuso: «Entonces, Señor, ¡lávame todo el cuerpo!».

Y Jesús dijo: «El que ya se bañó sólo necesita lavarse los pies, todo su cuerpo está limpio».

Cuando aceptamos a Cristo todo nuestro cuerpo queda limpio, se nos perdona del todo.

Pero a medida que caminamos, así como en la antigüedad se ensuciaban los pies, nosotros, espiritualmente hablando, nos ensuciamos los pies.

Y necesitamos esa purificación diaria: «Señor, perdona todo lo malo que hay en mi vida. Purifícame»—.

Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno —Dios no nos tienta, pero sí tiene control de cuánto se nos expone a la tentación.

Todos tenemos puntos débiles: miedo, ambición, avaricia, orgullo, lujuria, chismorreo, recelo etc.

Al conocer nuestra debilidad, podemos orar para protegernos de ella, y emprender acciones que nos ahorren tentaciones innecesarias.

Trataremos esto con más detalle cuando hablemos cerca de cómo resistir al mal.

5. ¿CUÁNDO DEBEMOS ORAR?

¿Cuándo debemos orar?

Miren, el Nuevo Testamento nos exhorta a orar «sin cesar».

Oren en el Espíritu, dice Pablo, en todo momento, con todo tipo de peticiones y ruegos.

No tienes que estar en un edificio especial como éste para orar.

Puedes orar mientras caminas por la calle, puedes orar en bicicleta, puedes orar en el metro.

No tienes que hacerlo en voz alto —de hecho, en el metro es mejor que lo hagas en bajo—.

Siempre puedes orar en tu corazón.

Pero creo que ayuda, ciertamente en mi caso, tener tiempos fijos.

Me encanta empezar el día.

Siempre creo que si empezamos el día con unos pensamientos concretos, la mente tiende a rumiarlos a lo largo de todo el día.

Y empezar el día, quizá leyendo la Biblia —ya lo veremos— y orando es una manera fabulosa de empezar, creo yo.

También con los demás.

Jesús dijo: «Les aseguro que si dos de ustedes en la tierra se ponen de acuerdo para pedir algo, les será concedido por mi Padre del cielo».

En otras palabras , hay un poder especial cuando nos juntamos para orar juntos.

Y eso es algo que podría ocurrir gradualmente en los grupos pequeños durante el curso.

A medida que se van conociendo y crece la confianza —quizá no ocurra hoy, sino más adelante—, puede que empiecen a orar juntos.

Si son como yo, la primera vez puede que tengan una experiencia complicada.

Recuerdo muy bien la primera vez que oré con alguien más.

Me había hecho cristiano hacía, quizá, no sé... dos o tres semanas.

Y me fui a... creo que unos días a esquiar con mis dos mejores amigos, Nicky y Sila Lee.

Estábamos los tres en el salón y creo que Sila sugirió que oráramos juntos.

Nunca lo habíamos hecho, pero quisimos intentarlo.

Y oramos durante unos dos minutos —¡quizá con largos intervalos de silencio!—.

Al final, me quité la camisa y estaba empapada; ¡Me puse nerviosísimo al orar en voz alta por primera vez!

Pero fue una experiencia maravillosa.

El núcleo del cristianismo es esta relación con el Dios que nos creó.

Y A través de los años, como ya dije, he conservado un diario de oración.

Algunas oraciones están marcadas porque fueron respondidas, y estoy muy agradecido a Dios por ello; otras permanecen todavía sin marcar.

Recuerdo un domingo en el que estuve predicando aquí.

Al llegar a casa, me llamaron por teléfono. Era un hombre que me dijo: «Estuve en el servicio de hoy y, desde la galería, escuché lo que dijo. Me gustaría verle».

Así que decidimos vernos en un café cercano.

Se llamaba James Wynn. Él entonces... era actor.

Durante cinco años actuó de profesor de inglés en la serie *Grange Hill*.

Por entonces, era bastante conocido y tenía mucho dinero.

Y mientras hablábamos, vi que era alguien que, en cierto modo, tenía de todo.

Además de eso, era atractivo, encantador y se había casado con una bellísima mujer.

Me contó, mientras comíamos, que habían estado casados tres años, y luego el pasado año, ella lo había dejado.

Me dijo que estaba totalmente destrozado

Se sentía tan herido que no podía perdonarla.

Su historia me emocionó profundamente y, mientras le escuchaba, empezaron a correr lágrimas por mis mejillas.

Cuando acabamos de comer, le dije: «¿Por qué no vamos a la iglesia y oramos?».

No solía ir a la iglesia ni tampoco era cristiano, pero nos sentamos en una sala, donde hizo una oración de arrepentimiento por todas sus malas acciones que habían contribuido al fracaso de su matrimonio, y entregó su vida a Cristo. Recibió el perdón de Dios.

Y al experimentar este perdón, se dio cuenta de que podía perdonar a Anna, su esposa, que lo dejó.

Le escribió una carta diciéndole que la perdonaba y que le encantaría tratar de restaurar su matrimonio.

Pero ella se negó diciendo que no le interesaba.

De hecho, la única manera de comunicarse con ella era por su abogado.
Así que le dije: «¿Te importaría que le escribiera yo?».

Le escribí una carta invitándola a que viniera a visitarnos a Pippa y a mí.

Para mi asombro, dijo que sí y vino a vernos.

Y Era la persona mas encantadora; estuvimos hablando una hora.

Y... le dije: «Mira, James ha cambiado.

Se dio cuenta de que él fue el principal responsable de lo que ocurrió en su matrimonio y le encantaría verte, aunque sea media hora, para que veas cuánto ha cambiado».

Dos días después, recibí carta suya en la que me decía: «No —dijo—. Está decidido: no quiero volver a verlo».

Habíamos orado muchísimo por ella para que aceptara.

James estaba destrozado, pero todos seguimos orando.

Poco después, llegaron los documentos del divorcio para que James los firmara.

Y se enfrentó entonces a un verdadero dilema, puesto que lo último que quería en la vida era el divorcio.

Así que se retiró durante dos o tres días para orar —creo que también ayunó—, para pedirle a Dios que le iluminara.

Al final de ese tiempo sintió que, aunque lo último que quería en la vida era el divorcio, no debía negar a su esposa lo que ella tan claramente quería, y que si

ella quería el divorcio, él no debía ser un obstáculo a la libertad de su esposa.

Así que aceptó el divorcio para que se dictara una sentencia provisional.

Pero él siguió orando y orando; nosotros también continuamos orando sin cesar.

Sucedió que Billy Graham vino a Londres a predicar en Wembley Stadium.

Y James por aquel entonces —ya había pasado año y medio— se había rendido.

Su preocupación en ese momento era que ella conociera a Cristo, que conociera todo lo bueno que él había experimentado en su relación con Jesucristo.

Así que le envió dos entradas, para ella y para el hombre con quien vivía, para que oyeran a Billy Graham.

Pero las devolvió.

Billy Graham decidió prolongar su actividad un sábado más en Wembley Stadium —los otros eventos fueron en Earl's Court, pero éste fue en Wembley Stadium—.

Y James pensó: «Le voy a enviar otras dos entradas. No hay nada que perder».

Ese miércoles se dictó la sentencia provisional del divorcio.

Así que, cuando Anna recibió la invitación el jueves, pensó: «Bueno, ya tenemos la sentencia provisional del divorcio, así que ¿por qué no?».

Le llamó por teléfono y le dijo que su pareja no podía ir, pero ella sí.

Así que comieron juntos y, ese sábado por la tarde, fueron a oír a Billy Graham en Wembley Arena.

A la mañana siguiente me tocaba predicar en nuestra iglesia de Saint Paul's en Onslow Square. Antes de pararme para hablar, me giré —estaba sentado delante—, me giré y vi a James y a Anna que entraban en la iglesia juntos.

Nunca les había visto juntos en toda mi vida.

Y entraron y se sentaron a mi lado, en primera fila.

¡Me moría de curiosidad por saber lo que había ocurrido la noche anterior!

Pero no quise preguntarle a Anna: «¿Te acercaste al escenario?».

Billy Graham invita a la gente a acercarse al escenario para aceptar a Cristo.

No quise hacerle esa pregunta.

Pero sabía que estuvo lloviendo con fuerza la noche anterior y que los asientos estaban cubiertos con toldos, pero cuando Billy Graham invitó a la gente les dijo que salieran a las canchas, donde llovía a mares.

Así que le pregunté: «¿Te mojaste anoche?».

Respondió: «Sí, ¡estaba lloviendo a mares en la cancha!».

Y al acabar el servicio, les invité a que vinieran a comer a casa y me contaron lo que ocurrió: cuando Billy Graham invitó a la gente a acercarse, ¡Anna fue corriendo!

Había una ayudante que la recibió, y esto es lo que hacen en las misiones de Billy Graham: los ayudantes suelen hacer preguntas como éstas: «¿Eres cristiana?», y ella dijo: «No».

«¿Quieres aceptar a Cristo en tu vida?». Y Anna dijo: «Sí».

Preguntó: «¿Viniste con algún amigo?», y Anna dijo: «Sí».

«¿Y Es tu amigo cristiano?». Y Anna dijo: «Sí».

«¿Puedes ir a buscar a tu amigo?». Anna dijo: «¡No!».

Así que dijo: «¿Quién es tu amigo?». Respondió: «Mi esposo».

Contestó: «¡Perfecto!, ¡ve y tráelo!».

Anna dijo: «Usted no entiende... Hasta esta noche, hacía dos años y medio que no nos veíamos».

En ese momento, ¡la ayudante —¡bfff!— empezó a llorar!

Muchas lágrimas en esta historia...

Y Mientras me contaban lo que había ocurrido..., fue extraordinario, Anna

decidió en ese momento que quería dejar lo que, de hecho, era una relación adúltera para volver con su esposo.

Y así lo hizo.

Porque habían recibido la sentencia provisional de divorcio, aún sin ratificar, así que el divorcio no era completo. Por lo tanto, tenían que anular la sentencia provisional y, para ello, ir de nuevo al juzgado.

Así que fueron al juzgado y le contaron al juez toda la historia.

Y el juez exclamó: «¡Esto es estupendo! EL dijo ¿Saben? Me paso aquí todo el día escuchando cosas terribles que le ocurren a la gente; y ¡esto es maravilloso!».

El secretario lloraba como un niño.

Y de eso hace ya unos cuantos años y siguen felizmente casados.

Tienen dos hijas preciosas.

La hija mayor, Abigail, es mi ahijada.

Y cada vez que los veo me emociono mucho al constatar cómo Dios respondió a las oraciones que le dirigimos una y otra y otra vez.

Recuerdo que al día siguiente, escribí en mi diario de oración lo siguiente:

«Te alabo, Señor, por el día de ayer: el mejor día del que guardo recuerdo.

Te alabo, Señor, por tu grandeza, poder y amor.

Gracias por hacer que Anna Wynn fuera a Billy Graham.

Gracias porque salió a la cancha.

Gracias porque pasó la noche con James.

Gracias porque hizo la oración.

Gracias porque decidió volver con James.

Gracias porque James y ella vinieron a comer a casa.

Gracias por la alegría de verlos unidos de nuevo.

Muchísimas gracias porque eres un Dios que responde a la oración.

Señor, te quiero muchísimo.

Renuevo mi compromiso de servirte con todo mi corazón toda mi vida.

¿Acaso hay algo imposible para el Señor?»

Oremos.

Padre, muchas gracias porque eres un Dios que responde a la oración.

Te pido, Señor, que nos ayudes a todos los aquí presentes a crecer en nuestra relación contigo.

En el nombre de Jesús, amén.